

# ANNA SVÄRD

Selma Lagerlöf

# PRIMERA PARTE

## ❧ EL VIAJE A KARLSTAD ❧

### I

**P**or muchas cosas que se le pudieran reprochar a Thea Sundler, justo es reconocer que nadie sabía tratar a Karl-Arthur Ekenstedt mejor que ella.

Si pensamos, por ejemplo, en Charlotte Löwensköld, recordaremos que también ella intentó inducirlo a partir hacia Karlstad para que se reconciliase con su madre. Mas, para convencerlo, no halló otro medio que recordarle cuánto le debía él a esta, y al final llegó incluso a querer infundirle temor, haciéndole ver que no se vería capaz de predicar con la misma inspiración que hasta entonces si mostraba ingratitud hacia la autora de sus días. Parecía desear que acudiese a la casa materna en calidad de hijo pródigo, que suplicara de rodillas que lo admitieran de nuevo en gracia. Tal cosa no se avenía ni mucho menos con el temple en que se hallaba entonces su antiguo prometido: él, que tantos triunfos notables había cosechado con sus sermones y que era objeto de veneración por toda la feligresía.

Thea Sundler, en cambio, procedió de un modo por completo distinto a la hora de instarle a que emprendiese

un nuevo viaje a Karlstad. Le preguntó si no era cierto lo que había oído decir acerca de la buena señora Ekenstedt: que esta exigía siempre que se le pidiese perdón aun por la falta más insignificante cometida contra ella. Si era tan rigurosa con los demás, ¿no estaría acaso dispuesta ella misma a disculparse con igual celo y prontitud?

Él hubo de reconocer que así era. Pues en el mismo instante en que su madre comprendía haber incurrido en yerro, se mostraba presta a enmendarlo y reconciliarse. Thea le recordó entonces aquella ocasión en que la venerable señora Ekenstedt, con gran riesgo para su persona, puso rumbo a Upsala en pleno deshielo, solo a fin de ofrecer al hijo la oportunidad de implorarle su perdón. No le cabía en la cabeza que él, siendo ministro de Cristo, albergase un ánimo menos proclive a la reconciliación que el de una simple seglar.

Karl-Arthur, sin llegar del todo a discernir adónde quería ir a parar su interlocutora, se limitaba a mirarla sin pestañear. La esposa del organista prosiguió diciendo que, esa vez, era la querida señora Ekenstedt quien había incurrido en ofensa contra él, de modo que, si en verdad poseía la rectitud que él mismo le atribuía, no cabía duda de que ahora, llena de arrepentimiento, ansiaba con toda su alma presentarle sus disculpas. Pero, dado que la enfermedad le impedía desplazarse, le correspondía a él acudir a su presencia.

Aquello era algo muy diferente de lo que le propusiera Charlotte: no se trataba de regresar al hogar paterno como el hijo pródigo, sino de presentarse allí como vencedor; no partiría para implorar indulgencia, sino para otorgarla. Resultaba imposible describir cuán hondamente le atraía esa

idea ni cuán agradecido se sentía con Thea por haberle conducido a tales pensamientos.

Apenas hubo salido de la iglesia el domingo y repuesto fuerzas con una comida en casa del organista, emprendió el camino a Karlstad. Se sentía tan impaciente por llegar que estuvo viajando toda la noche, manteniéndose despierto con la expectativa de cuán hermoso sería el reencuentro con su madre; nadie más que esta podía dotar de tal belleza una ocasión así.

Llegó a Karlstad hacia las cinco de la mañana, mas no se dirigió de inmediato al hogar familiar, sino que se alojó en la posada. No albergaba la menor duda sobre la disposición de su madre hacia él, pero respecto a su padre no podía estar igual de seguro. Cabía la posibilidad de que este le negara la entrada, y no quería arriesgarse a ello en presencia del cochero.

Nada más verlo llegar, el dueño de la posada lo reconoció como antiguo vecino de Karlstad. Acaso había oído algún que otro rumor sobre las desavenencias entre él y sus padres, pues sabía que el joven pastor deseaba casarse con una dalecarliana. Por eso se dirigió a él con tacto y gesto un tanto compasivo, pero Karl-Arthur se mostró tan sereno y ufano, presto a responder a sus preguntas con tal jovialidad, que el posadero concluyó que las habladurías eran del todo infundadas.

Karl-Arthur pidió un cuarto donde se sacudió el polvo del viaje y se aseó con esmero. Al salir, vestía sotana, alzacuellos y un sombrero alto de color negro: había adoptado su atuendo eclesiástico para mostrar a su progenitora el ánimo piadoso y digno con que llegaba. Cuando el posadero le ofreció asiento para desayunar, él rehusó. No

quería retrasar el instante dichoso en que madre e hijo se fundirían en un abrazo.

Con paso firme recorrió las calles en dirección a la ribera del río Klara, con la misma intensa y gozosa expectación que sintiera cuando, siendo estudiante en Upsala, regresaba a casa durante las vacaciones.

Mas de súbito se detuvo, con el semblante atónito, como si hubiera recibido una bofetada en el rostro. Se había acercado tanto a la casa de los Ekenstedt que alcanzó a ver cómo esta se hallaba cerrada a cal y canto, corridos los postigos de las ventanas y echados los cerrojos de las puertas.

En un primer momento, pensó, lleno de consternación, que el posadero habría avisado a sus padres de su llegada y que ellos, en represalia, habían cerrado la casa para impedirle la entrada. Rojo de ira, dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

No tardó en reírse de sí mismo: apenas eran las seis y la vivienda siempre se encontraba cerrada a esas horas tempranas. Qué ridículo haber creído que los postigos y los cerrojos fueran un medio deliberado de dejarlo a él fuera. Retrocedió hasta la verja del jardín, la abrió y se sentó en un banco, mientras esperaba a que la casa despertase.

No obstante, no pudo evitar considerar un mal augurio que la morada permaneciera infranqueable a su llegada. El espíritu alegre y la confianza que le sostuvieran toda la noche se desvanecieron. Observó los bellos parterres, la hierba del jardín, impecable, y la gran casa señorial. Luego pensó en la reina de todo aquello, tan respetada y venerada: se dijo entonces que no había modo alguno de que ella le pidiera perdón. Pronto llegó a un punto en que no lograba entender a Thea ni comprenderse a sí mismo.

En Korskyrka le había parecido lo más natural del mundo que su madre se arrepintiera, pero una vez aquí se le antojaba una idea del todo disparatada.

Convencido de ello, decidió marcharse de inmediato. Se levantó con el propósito de irse, ansioso por alejarse antes de que alguien lo viera. Mas, justo al alcanzar la verja, cayó en la cuenta de que tal vez aquella sería la última vez que visitaba el hogar familiar. Si se marchaba ahora, era para no regresar jamás. Así que dejó la verja entreabierta y giró sobre sus talones para darse una vuelta por la finca, a guisa de despedida.

Alejándose de la construcción, se adentró bajo los grandes árboles que bordeaban la ribera del río. Nunca más volvería a recorrer ese lugar ni a contemplar aquella hermosa vista. Se quedó mirando durante un buen rato la barca de remo encallada en la orilla; seguro que nadie le prestaba atención desde que él ya no vivía allí, si bien observó que estaba calafateada y pintada, tal como en los días en que salía a remar en ella.

Apretó el paso en dirección a un pequeño huerto que solía cuidar de niño: al encontrar todo como antaño, con las mismas hortalizas que él plantara, comprendió que era su madre quien se había ocupado de mantenerlo así, quien había dispuesto que ese patio de recreo de su infancia se mantuviera en pie. Debían de haber pasado más de quince años desde que él lo atendiera.

Hurgó en un manzano astracán en busca de frutos tempranos y se llevó uno a la boca, aunque la manzana resultó estar verde como una col y tan dura que le fue imposible hincarle el diente; probó unas cuantas grosellas negras y uvas espigas, estas ya demasiado maduras.

Se dirigió al cobertizo, donde guardaba su pequeña pala, un rastrillo y una carretilla, y comprobó que todo se hallaba en su sitio. Nadie había movido nada.

Sabía que debía apresurarse si quería desaparecer de allí sin ser visto, mas no podía reprimir el deseo de contemplar por última vez todo aquello, que había adquirido un valor nuevo ante sus ojos: «No sabía cuán querido era todo esto para mí», pensó.

Al mismo tiempo, se avergonzaba de su puerilidad. No habría querido bajo ningún concepto que Thea Sundler lo viera, ella que se admiró tanto por sus heroicas palabras de días atrás, cuando declaró haberse desligado de hogar y padres.

No tardó en sospechar que lo que le retenía era una secreta esperanza de que alguien reparase en él y le abriera la puerta. Al percatarse de ello, tomó la firme decisión de marcharse y se encaminó a la salida.

Ya fuera del jardín y frente a la cancela, oyó que una ventana se abría en la casa cerrada. No pudo evitar volverse para mirar: allí, a través de los postigos del dormitorio de su madre, su hermana Jaquette se asomaba a respirar el aire fresco de la mañana.

Esta, tardando apenas un segundo en advertir su presencia, se puso de inmediato a hacerle señas con la mano y la cabeza. Contra su voluntad, él respondió con los mismos gestos efusivos, y le señaló la puerta cerrada. Jaquette desapareció del marco de la ventana y, pocos minutos después, se oyó un crujido de bisagras y cerrojos: la puerta se abrió, su hermana salió al umbral y extendió las manos hacia él.

Se avergonzaba ante Thea y ante sí mismo, pues en ese momento no creía ni por asomo que su madre fuera a



pedirle perdón. Aunque no tenía, pues, nada que hacer allí, corrió sin remedio hacia Jaquette, la tomó de las manos y la atrajo hacia sí, tan alegre por que le hubiera franqueado la entrada, que los ojos se le empañaron de lágrimas.

Ella, radiante de felicidad, al ver el llanto de su hermano, lo abrazó y lo besó:

—¡Karl-Arthur, Karl-Arthur, gracias a Dios que has venido!

Convencido por completo de que se le denegaría el acceso, la cariñosa acogida le sorprendió tanto que tartamudeó al hablar:

—Dime, Jaquette, ¿está despierta mamá? ¿Puedo hablar con ella?

—Por supuesto que puedes hablar con madre. Se va encontrando mejor con cada día que pasa. Anoche durmió muy bien.

Jaquette le precedió escaleras arriba y él la siguió algo más despacio. Nunca habría imaginado que sentirse en casa pudiera colmarle de tal dicha. Puso la mano sobre la balaustrada, no para apoyarse, sino para acariciarla.

Al llegar a la planta alta, esperaba que alguien acudiera a echarlo, pero nada de eso ocurrió. Comprendió entonces que su padre no había informado a la familia de la gran disputa. No, con la coronela enferma, no podía hacerlo. Confortado por esta certeza, avanzó con serenidad.

¡Qué belleza desprendían todas las estancias! Siempre le había parecido hermoso todo aquello, si bien nunca tanto como ese día. Los muebles estaban dispuestos con ligereza y armonía, invitando a pasar entre ellos sin rigidez ni protocolo, al contrario que en otras viviendas. Todo llevaba el sello de ella, quien allí habitaba.

Recorrieron el salón y el gabinete hasta llegar ante la puerta del dormitorio. Jaquette le indicó con un gesto que esperase mientras ella entraba sola primero. Él se pasó la mano por la frente, tratando de recordar el motivo de su visita, pero lo único que se le ocurría era que estaba allí para ver a su madre.

Jaquette salió de nuevo a llamarlo. Al entrar y ver a la coronela allí tendida, pálida, con la cabeza y el brazo vendados, sintió cómo se le encogía el corazón y se precipitó a caer de hinojos junto al lecho. Ella lanzó un grito de júbilo, rodeó con el brazo sano a su hijo por el cuello, lo atrajo hacia sí en un prolongado abrazo y lo colmó de besos.

Se miraron a los ojos, rebosantes de felicidad. En aquel instante, nada los separaba. Todo había quedado sepultado en el olvido. Él, sin haber previsto que su madre ofrecería un aspecto tan débil y quebradizo, apenas lograba contener la emoción. Le preguntó con suma ternura cómo se encontraba. La enferma no pudo dejar de advertir el profundo afecto que su hijo le profesaba y ese cariño obró como el mejor remedio. Lo atrajo hacia sí una vez más.

—No ha sido nada, no importa. Ahora me encuentro bien. He olvidado todo mi dolor.

Por aquella respuesta él comprendió que lo amaba como antaño. Al mismo tiempo supo que había recobrado todo aquello que poco antes llorara como perdido. Se sentía de nuevo miembro de aquella ilustre casa. ¿Qué más podía desear?

No obstante, en medio de su dicha, le sobrevino una inquietud. No había cumplido aún el objetivo de su viaje. Su madre no le había pedido perdón, ni parecía tener intención de hacerlo.

Lo invadió una fuerte tentación de pasar por alto las requeridas disculpas. No obstante, se trataba de algo de gran relevancia para él: si la coronela reconocía que había obrado de manera injusta, su posición en el hogar cambiaría, y sus padres se verían obligados a ceder en lo tocante a su matrimonio con Anna Svärd.

El buen recibimiento, además, le infundió confianza y una cierta altivez: «Conviene despachar ahora mismo el asunto», pensó. «Quién dice que mañana mamá se mostrará tan amable y cariñosa».

Hasta entonces había permanecido de rodillas; en ese momento, se levantó y se sentó en la silla que estaba junto al lecho.

Tener que enfrentarse a su propia madre le turbaba un tanto. Pero he aquí que se le ocurrió una idea que le dio ánimos. Recordó que, antaño, cuando él o sus hermanas cometían alguna falta por la que su madre esperaba que pidieran perdón, ella solía dirigirse al culpable con estas palabras:

—Y bien, hijo mío, ¿no tienes nada que decirme?

Para introducir con ligereza y desenfado el espinoso asunto, frunció el ceño, levantó el dedo índice y, al mismo tiempo, dejó escapar una sonrisa, de modo que ella entendiera que hablaba medio en broma:

—Y bien, ¿no tiene mi querida madre nada que decirme?

La señora Ekenstedt no pareció comprender ni mucho menos a qué se refería. Permaneció quieta, con la mirada interrogante clavada en él.

La pobre hermana, que hasta entonces había asistido dichosa al reencuentro entre madre y hermano, se sobresaltó y le hizo un disimulado gesto de advertencia con la mano. Karl-Arthur, sin embargo, estaba convencido de

que la ocurrencia deleitaría a su progenitora y que, apenas entendiera la intención, le respondería en el mismo tono. Así que no hizo caso de la señal y prosiguió:

—Mi querida madre se habrá apercebido de que el jueves pasado me sentí un tanto contrariado al ver cómo intentó separar a mi prometida de mí. Jamás hubiera creído que mi querida madre pudiera mostrarse tan cruel conmigo. Me dolió tanto que partí sin querer volver a verla.

La señora seguía sin mover un músculo. Karl-Arthur no alcanzaba a discernir en su semblante el menor rastro de enojo o desagrado. La hermana, en cambio, cada vez más inquieta, se deslizó hasta situarse detrás del cabecero de la cama y le propinó un fuerte pellizco en el brazo.

Él comprendió muy bien lo que eso significaba, pero se hallaba tan seguro de conocer mejor que Jaquette la manera de tratar a la coronela, que porfió en su empeño:

—Sí, madre. Cuando el viernes por la mañana me despedí de padre, le aseguré que nunca más pondría un pie en esta casa. Y, sin embargo, aquí estoy. Tal vez la dama más perspicaz de Karlstad pueda adivinar por qué he venido.

Hizo entonces una pausa, convencido de que, tras aquellas palabras, su madre le daría la réplica. Pero no fue así. Ella se limitó a incorporarse un poco sobre el almohadón y a clavar los ojos en él de un modo casi hiriente.

Él no pudo evitar preguntarse si la enfermedad habría debilitado el entendimiento de una mujer que hasta entonces siempre había sabido captar las indirectas. Como ahora no parecía hacerlo, se vio obligado a proseguir:

—En verdad, pensaba no volver a verla, madre; pero cuando mencioné esto a una amiga, esta me preguntó si no era precisamente mi madre el tipo de persona que

exigía disculpas por la más mínima falta, y me preguntó también si acaso por sí misma no...

No terminó la frase, pues Jaquette lo interrumpió una vez más, zarandeándolo por el brazo.

En aquel mismo instante, la coronela rompió el prolongado silencio:

—No lo detengas, Jaquette —ordenó—. Déjalo continuar.

Cuando su madre pronunció aquellas palabras, Karl-Arthur experimentó un leve presentimiento de que a ella no le gustaba nada su actitud, si bien de inmediato lo apartó de su mente. ¿Cómo iba a hallarlo duro o carente de afecto? Después de todo, bastante indulgente había sido, abordando el asunto con despreocupación, casi en tono de broma. No, seguro que su madre solo deseaba impedir las constantes interrupciones de Jaquette. En cualquier caso, como ya había sacado el asunto a colación, lo mejor era concluir la conversación.

—Ha sido esa amiga mía, madre, quien me ha enviado aquí —prosiguió con voz vacilante—. Me aseguró que era mi deber venir a verla, dado que usted no podía acudir a mí. ¿Recuerda, madre, aquella vez que viajé a Upsala para poder pedirle perdón? Mi amiga me ha dicho que estaba convencida de que usted reconocería que... que...

¡Qué arduo resultaba reconciliarse con su madre! Las palabras se le secaban en la boca. Tartamudeó, tosió, y al fin no le quedó otro recurso que guardar silencio.

Un débil esbozo de sonrisa cruzó el rostro de la coronela. ¿Quién era esa amiga que la tenía en tal alta consideración?

—Es Thea, madre.

—¿No es Charlotte la que creía que yo yacía aquí deseosa de recibir el perdón de mi hijo?

—No, madre, no se trata de Charlotte, sino de Thea.

—Me alegra que no sea Charlotte —repuso ella, incorporándose aún más sobre la almohada, antes de sumirse de nuevo en el silencio.

Karl-Arthur tampoco dijo nada más. Había logrado expresar a su madre lo que deseaba, aunque sin la elocuencia que habría sido necesaria. Ahora solo quedaba esperar.

La observó con detenimiento. Sin duda libraba en aquel lecho una ardua contienda consigo misma. Que reconociera su culpa ante su propio hijo no era cosa que se lograra a la primera.

De manera repentina, ella formuló otra pregunta:

—¿Te has puesto la sotana?

—Quise mostrarle, madre, con qué ánimo había venido —respondió él.

Un nuevo destello de sonrisa cruzó su semblante, una expresión maliciosa y sarcástica que le atemorizó. De pronto, aquel rostro enmarcado por las almohadas le pareció esculpido en piedra. Las palabras que aguardaba no llegaban. Una angustia le oprimió el corazón, temeroso de que ella no fuera capaz de arrepentirse ni retractarse.

—¡Madre! —exclamó, infundiendo a su voz tanto tono de reproche y esperanza como le fue posible.

Entonces se produjo un cambio. A la coronela se le subió la sangre a la cara, se incorporó del todo, levantó el brazo sano y lo agitó frente a él.

—¡Se acabó! —gritó—. ¡Hasta la paciencia divina se...! —no pudo continuar. La última palabra se evaporó, débil y confusa, y cayó de nuevo sobre el colchón. Las órbitas de los ojos le rodaron hacia atrás, dejando ver solo el blanco. Dejó caer la mano sobre la colcha.

Jaquette gritó pidiendo auxilio y salió a toda velocidad del dormitorio. Karl-Arthur se lanzó sobre la enferma:

—¿Qué te ocurre? ¡Madre, madre! ¡No te lo tomes tan a pecho!

La besó en boca y frente, como intentando insuflarle vida.

De súbito, sintió cómo lo agarraban con fuerza. Alguien lo había prendido por el cuello de la sotana y lo arrastraba con mano firme fuera de la habitación, cual cachorro indefenso, para por fin arrojarlo al suelo.

Escuchó el bramido terrible de su padre:

—¡Vaya, conque has regresado! No te ibas a conformar hasta que acabaras con ella del todo.

## II

Cuando el reloj marcó las siete y media aquella mañana de lunes, sonó el timbre en casa del alcalde. La doncella que se ocupaba del hogar —una mujer prudente y ya entrada en años— se apresuró a abrir.

Quien aguardaba fuera era Karl-Arthur Ekenstedt, pero la criada pensó que, de no haber vivido tantos años en Karlstad y haberlo visto crecer desde niño, no lo habría reconocido. Tenía el rostro de un color azul violáceo y los ojos, desorbitados parecía que estaban a punto de salirse de las cuencas.

Tras años de servicio en casa del alcalde y con cierta experiencia en asuntos semejantes, la anciana concluyó que el joven Ekenstedt tenía aspecto de asesino, de modo que habría preferido no dejarlo entrar. Mas, al ser hijo del coronel y de la gentil coronela Ekenstedt, no tuvo otra



alternativa que invitarlo a pasar y rogarle que esperara un rato. El alcalde estaba dando su paseo matutino, pero volvería a las ocho para desayunar.

Ahora bien, si ya se había asustado solo con verlo, desde luego no contribuyó a tranquilizarla que el joven pasara por su lado sin saludar, como si no reparara en su presencia.

Era evidente que algo le ocurría. Los vástagos de la señora Ekenstedt solían ser corteses y mesurados; aquel que así se comportaba debía de haber afrontado algún grave infortunio recientemente.

El visitante atravesó el vestíbulo y entró en el despacho del alcalde, donde se sentó en la mecedora. Sin embargo, no permaneció allí mucho tiempo, sino que enseguida se levantó y se puso a revolver los papeles del escritorio.

La doncella se vio obligada a acudir a la cocina para vigilar el reloj y evitar que los huevos destinados al desayuno del alcalde se cocieran en exceso. También debía ocuparse de disponer la mesa y preparar el café. Al mismo tiempo, no podía dejar de observar al joven Ekenstedt, entrando a cada rato en la estancia para espiar sus movimientos.

Este caminaba de un extremo a otro de la sala; ora se apostaba junto a la ventana, ora se acercaba a la puerta, sin dejar de hablar solo en voz alta. ¿Cómo no habría de ser algo así causa de inquietud? La esposa del alcalde y los niños se habían ido al campo a visitar a unos parientes, y el resto del servicio andaba por ahí fuera haciendo recados, de manera que ella estaba sola en la vivienda y le tocaba asumir toda la responsabilidad.

¿Qué hacer con aquel joven que deambulaba por el despacho de su señor como si hubiera perdido el juicio? ¿Y si



destruía algún documento importante que reposara sobre el escritorio? Pero ella no podía abandonar del todo sus tareas para vigilarlo.

La sensata doncella tuvo entonces la ocurrencia de invitar a Karl-Arthur a tomar una taza de café en el comedor mientras esperaba al alcalde. A este pareció no desagradarle la propuesta, pues, para su alegría, la siguió. Mientras lo tuviera sentado a la mesa tomando café, no podría causar daño alguno.

El joven se sentó en el sitio del alcalde y se bebió la primera taza de un solo trago, sin importarle que el café estuviera ardiendo. Luego agarró la cafetera y se sirvió otra taza, que también ingirió sin azúcar ni leche, y sin esperar a que el líquido recién hervido se templara un poco.

Al apurar la última taza, percibió que la criada lo observaba desde el otro lado de la mesa. Volvió la cabeza hacia ella:

—Es muy amable de su parte ofrecerme un café tan bueno —murmuró—. Seguro que es la última vez que lo tomo.

Como si quisiera confiarle un gran secreto, hablaba en susurros, tan bajo que ella apenas alcanzaba a oírlo.

—Oh, señor pastor, seguro que también le darán buen café en casa de la rectora Forsius, en Korskyrka —replicó la criada.

—Sí, en efecto —respondió él, soltando una risita tonta—. Pero ¿sabe? Creo que nunca volveré allí.

No había nada extraño en eso; los jóvenes sacerdotes eran enviados de un lugar a otro. La doncella comenzó a sentirse más tranquila: «Seguro que en todas las rectorías saben preparar buen café», pensó.

—¿Cree usted que también servirán buen café en la cárcel? —preguntó él, bajando aún más la voz—. Me temo que allí tendré que prescindir de café y bollos.

—¿Pero cómo ha de ir usted a prisión, señor pastor? ¿Por qué motivo, en nombre del cielo?

Él casi volvió el rostro por completo, evitando mirarla.

—No quiero responder a esa pregunta —repuso.

De nuevo fijó los ojos en la mesa. Untó una rebanada de pan con mantequilla, colocó encima una loncha de queso y la devoró con ansia, a grandes bocados que apenas masticaba. La criada empezó a creer que lo único que le ocurría era que estaba muerto de hambre. Fue a la cocina en busca de los huevos que había preparado para el señor alcalde, y cuando regresó, Karl-Arthur los engulló en un santiamén, para luego volver a servirse pan con mantequilla. En medio de aquel afanoso yantar, tomó de nuevo la palabra:

—Son muchos los muertos que andan hoy por la ciudad.

Lo dijo con calma, sin emoción alguna, como si comentara el buen tiempo que hacía. Sin embargo, la criada no pudo evitar un escalofrío, que él pareció advertir.

—¿Le parece que digo cosas raras? Sí, también yo creo que hay algo insólito en esto de ver a los muertos. Jamás me había sucedido, al menos que yo recuerde, hasta hoy, a las siete en punto.

—¿Ah, sí? —murmuró ella.

—Verá usted... Me sobrevino un fuerte dolor en el corazón. Intentaba salir de casa para venir a la ciudad, pero las fuerzas me fallaron y tuve que asirme a la valla del jardín. Entonces vi al deán Sjöborg, que venía del brazo de su mujer, tal como solía cuando acudían los domingos a comer con nosotros. Ellos, claro está, ya estaban al tanto de

lo que yo acababa de hacer, así que me aconsejaron que me presentase aquí, en casa del señor alcalde, para confesar mi delito y pedir castigo. Yo les respondí que era imposible, pero insistieron tanto...

Karl-Arthur interrumpió su relato para servirse otra taza de café, que se bebió de un trago. Observó a la criada con mirada interrogante, como si quisiera leer en su rostro el efecto que le causaban sus palabras. Ella, sin alterarse, respondió con serenidad:

—Son muchos los que han visto a los muertos; por eso no hay que preocuparse, señor pastor.

Él pareció reconfortado con aquella respuesta.

—Eso mismo pienso yo. Soy igual que antes, salvo por ese único detalle.

—Desde luego —repuso la criada, procurando mostrarse tranquila, aunque deseaba con impaciencia el regreso del alcalde.

—No tengo nada en contra de cumplir la voluntad de los señores Sjöborg —continuó Karl-Arthur—. Pero conservo el juicio bastante claro para saber que el señor alcalde se reirá de mí. No niego que cargo con una culpa grave en la conciencia, aunque no sea motivo para condenarme ni llevarme preso.

En ese instante, cerró los ojos y se echó hacia atrás. El pedazo de pan que sostenía en las manos cayó al suelo, el semblante se le contrajo en una mueca de dolor, como si sufriera atroces tormentos. Sin embargo, recobró el sentido con pasmosa rapidez.

—Es esta opresión en el pecho —murmuró—. ¿No es extraño que aparezca en cuanto digo que no puedo hacerlo?

Se levantó y reanudó su deambular de un lado para otro de la estancia.

—Lo haré —aseveró al fin, olvidando por completo la presencia de la criada—. Sí, lo haré; diré al señor alcalde que he cometido un acto por el que puede y debe castigarme. Diré que soy culpable de una muerte ajena. Inventaré algo... Debo asegurar que lo hice a propósito.

Se dirigió de nuevo hacia la mujer, con expresión de alegría:

—¡Fíjese, el dolor cesa! La opresión en el pecho cesa en cuanto digo que estoy dispuesto a sufrir mi castigo. ¡Qué alivio!

La juiciosa doncella ya no sentía miedo: le había vencido la compasión. Le tomó la mano y la acarició con ternura.

—Pero, señor pastor, comprenderá que no puede cargar con la culpa de algo que no ha hecho. Lo comprende, ¿verdad?

—Claro que puedo —replicó él—. Puedo y debo: sé que eso es lo justo. Y anhele morir. Quiero mostrar a mi madre que la amaba. Seré feliz en grado sumo al encontrarla en el más allá, cuando haya redimido mi falta.

—Eso no ocurrirá —replicó ella—. Hablaré con el señor alcalde.

—No lo hará usted —repuso Karl-Arthur—. ¿Por qué no habría de poder un juez condenarme? He matado, aunque no haya usado cuchillo ni arma de fuego. Jaquette sabe cómo pasó. ¿Cree usted que la dureza y la falta de amor no son más temibles que el acero o el plomo? Mi padre también lo sabe y puede atestiguarlo. Sí, podrán condenarme; no soy inocente.

La criada se libró de responder a esto último, pues oyó, con enorme alivio, cómo se abría la puerta de la calle y unos pasos conocidos subían por la escalera. Corrió al

vestíbulo, con la esperanza de advertir al alcalde antes de que entrara, pero Karl-Arthur la siguió pisándole los talones, dispuesto a comenzar su confesión de inmediato. Las palabras, no obstante, se le atascaron en la garganta, impidiendo que fuera el primero en hablar.

—Ah, así que has vuelto a la ciudad —saludó el alcalde, tendiéndole la mano—. Qué desgracia tan grande la de la coronela.

Karl-Arthur mantuvo la mano tras la espalda y, apartando la vista, con voz temblorosa pero lo bastante audible, declaró:

—He venido a pedirle, señor, que me haga arrestar. Soy yo quien ha matado a mi madre.

—¡Vaya, por Dios! —exclamó el alcalde—. Pero si la señora no ha muerto, hombre. Me he cruzado con el médico...

Karl-Arthur retrocedió un paso; la doncella, creyendo que se iba a caer, extendió los brazos para sostenerlo, si bien él recobró el equilibrio. Tomó su sombrero y, sin pronunciar palabra, se precipitó a la calle.

La primera persona a la que vio fue al viejo médico de la familia. Corrió hacia él.

—¿Cómo está mi madre?

El doctor lo miró con severidad.

—Menos mal que te encuentro, sinvergüenza. Ni se te ocurra volver a casa ahora. ¿Qué mosca te ha picado? ¡Pregonar sermones de penitencia a una enferma!

Karl-Arthur no necesitó oír más. Se alejó deprisa, en dirección al hogar paterno. Al acercarse, vio a su hermana casada, Eva Arcker, junto a la verja del jardín.

—Eva —gritó—, ¿es verdad? ¿Vive madre?

—Sí —respondió ella en voz baja—, el médico cree que saldrá de esta.

Él intento echar abajo la cancela, pensando solo en entrar, postrarse ante su madre e implorarle su perdón. Mas Eva lo detuvo.

—No puedes pasar, Karl-Arthur. Llevo rato esperando para impedírtelo. Ha sido una apoplejía muy severa. Nuestra querida madre no puede hablar contigo.

—Esperaré cuanto sea necesario.

—No es sólo por ella —replicó Eva, enarcando un tanto las cejas—, sino también por nuestro padre. El médico dice que madre no volverá a ser la misma, y por eso padre no soporta verte a partir de ahora. No sabemos qué podría ocurrir si os cruzarais. Regresa a Korskyrka; es lo más sensato.

Estas palabras encendieron la cólera de Karl-Arthur. Estaba convencido de que su hermana exageraba tanto la ira del señor Ekenstedt como el peligro que su presencia entrañaba para la madre.

—Tú y tu marido siempre habéis procurado malquistarme con ellos —dijo—. Sabéis aprovechar una coyuntura propicia. ¡Que lo disfrutéis!

Y dando media vuelta, se alejó sin mirar atrás.

### III

Ocurre que a las personas no nos agrada que algo se rompa. Incluso aunque se trate tan solo de un macetero de barro o de un plato de porcelana, nos afanamos en recoger los pedazos, acomodarlos uno junto a otro y procurar pegarlos de modo que aguanten bien. Algo semejante era lo que Karl-Arthur Ekenstedt intentaba durante el viaje de regreso a Korskyrka. No durante todo el día, desde luego,

porque hay que recordar que el joven pastor no había pegado ojo la noche anterior, y que, debido a tantos sucesos perturbadores, tampoco había descansado lo suficiente a lo largo de la semana que precedió a su viaje. De manera que ahora el cuerpo le imponía sus inapelables exigencias, y a pesar de los tumbos que daba el carruaje y de todo el café ingerido en casa del alcalde, no le quedó otra que pasar la mayor parte del trayecto dormido.

Durante los breves momentos, eso sí, en que se despertaba, trataba de recomponer los fragmentos de sí mismo, de manera que aquel Karl-Arthur Ekenstedt que había recorrido ese camino apenas unas horas antes y que se había hecho añicos en Karlstad, pudiera volver a ser de una pieza y recobrar su valía.

Algunos tal vez opinarán que lo que se había roto no era más que un miserable macetero y que no merecía la pena malgastar esfuerzos y pegamento en repararlo. Hemos de disculpar a Karl-Arthur por no compartir esta opinión y estar convencido, en cambio, de que la desgracia había recaído sobre un jarrón de auténtica porcelana, con preciosos motivos pintados a mano y espléndidos ribetes de oro.

Curiosamente, el recordar a su hermana y a su cuñado le ayudaba en la tarea de reparación. Avivaba su furia para con ellos, evocando cada ocasión en que habían mostrado envidia o protestado por que su madre mostrara trato de favor hacia su hijo. Cuanto más pensaba en el viejo rencor de Eva, más se convencía de que ella no había dicho la verdad: la coronela estaba, a buen seguro, menos grave de lo que le diera a entender, y la irritación de su padre no era más que un artificio ideado por su hermana y el consorte de esta para sacar partido de la última torpeza por él



cometida —una torpeza inconmensurable, no podía negarlo— y mantenerlo alejado de su hogar para siempre. Justo cuando llegó a la conclusión de que todo habría transcurrido por otros derroteros de no ser por la intervención de Eva, lo venció el sueño, y permaneció dormido hasta que el carruaje se detuvo frente a una posada.

En otro momento de vigilia, se puso a pensar en Jaquette. No quería ser injusto con ella, pues no era envidiosa como Eva, lo quería y lo trataba bien. Sin embargo ¿no era acaso un poco pánfila? Si no lo hubiera perturbado durante la conversación con su madre, él habría dicho más o menos lo mismo, si bien expresado de otra forma. No es fácil escoger bien las palabras cuando alguien, detrás de ti, te tira del brazo y te susurra que tengas cuidado con lo que dices. Reflexionar sobre Jaquette, las pocas luces que tenía y lo simple que era, le hizo mucho bien. De todos modos, se quedó dormido otra vez, con lo que la imagen de su hermana pequeña se alejó también de sus pensamientos.

Con cierta resistencia, a ratos, se acordaba asimismo de Thea Sundler y de su parte en la calamidad sobrevenida. La esposa del organista era su amiga más íntima, desde luego; nadie le merecía tanta confianza, aunque tal vez no hubiera visto suficiente mundo como para ser una consejera de la que uno pudiera fiarse. El error de Thea consistió en creer que la coronela ardía en deseos de disculparse con él. La enorme estima en que ella lo tenía le nubló el juicio a la hora de aconsejarle, con lo que habría podido desencadenar un grave desastre. Su madre podría haber muerto, y él haber enloquecido. Ahora estaba en camino de recomponerse.

Por otra parte, no deseaba recordar su visita al alcalde ni la conversación que mantuvo con la doncella; parecía



que rememorar aquello no serviría sino para hacer que estallara de nuevo en pedazos, obligándolo a comenzar desde el principio todo el arduo trabajo de ensamblaje. En otro de sus ratos de vigilia, sin embargo, se le ocurrió que acaso sus muestras de miedo y pena durante aquella visita sirvieran para algo: llegarían a oídos de la coronela, quien, comprendiendo así cuánto la amaba su hijo, enviaría a buscarlo, conmovida en lo más hondo, y podrían reconciliarse. Cada día rezaría a Dios para que así ocurriera; quería creer que ese sería el desenlace.

Si se nos permite expresarlo con tanta irreverencia, digamos que Karl-Arthur había logrado remendarse bastante al llegar a Korskyrka hacia las once de la noche. Se sorprendió a sí mismo por haber soportado tan terribles sobresaltos sin desmoronarse por completo. Aún somnoliento, al descender del coche frente a la verja de la rectoría y pagar al cochero, se deleitó anticipando la comodidad de una cama donde dormir a pierna suelta.

Cuando se disponía a entrar en el pabellón donde residía, la doncella lo detuvo para darle un recado de la rectora: en el comedor le esperaba una cena caliente. Karl-Arthur habría preferido ir derecho a acostarse, pero le pareció muy amable de parte de la señora Forsius que hubiese previsto que, tras todo un día transitando por los caminos, le convendría tomar algo sólido, así que accedió. Sin duda no habría aceptado si no hubiera tenido la certeza de que nadie en la casa podría interrogarlo sobre su viaje: los ancianos dormían y Charlotte ya no vivía allí.

Al atravesar el vestíbulo, a punto estuvo de tropezar con una caja o algo así, colocada justo en el umbral.

—¡Cuidado, señor! —advirtió la criada—. Son las pertenencias de la señora Schagerström; hemos *pasao to'l* día arrollándolas en paños y acolchándolas con paja.

Aun así, no se le ocurrió pensar que la propia Charlotte hubiera podido venir desde Stora Sjötorp en busca de sus enseres, y menos aún que se hubiera quedado en la rectoría a pasar la noche. Entró con calma en el comedor y se sentó a la mesa.

Estuvo un buen rato solo, sin que nadie lo molestara; tuvo tiempo de comer a gusto y se disponía a rezar una oración cuando oyó unos pasos pesados en la escalera, como de alguien que arrastrase los pies. Supuso que era la rectora, que venía a preguntarle por su viaje. No se atrevió a escabullirse, aunque lo deseaba.

Un instante después, la puerta se abrió, despacio y sin apenas hacer ruido, y entró alguien. Si ya le habría incomodado que fuera la señora Forsius, resultó que no era ella, sino nada más y nada menos que Charlotte. Lo peor que podía ocurrirle. Conociéndola como la conocía —no en vano había estado prometido con ella durante cinco años—, sabía bien cuál sería su reacción al enterarse de la apoplejía sufrida por su madre: ¡qué escena montaría! Le leería la cartilla y él, exhausto como estaba, habría de escucharla durante horas y horas. A toda prisa, decidió mostrarle esa cortesía socarrona que venía empleando con ella en los últimos tiempos y que se había revelado como la mejor manera de mantenerla a distancia.

No obstante, antes de que pudiera decir nada, Charlotte se adentró en la estancia lo suficiente como para que las dos velas de sebo que reposaban sobre la mesa iluminaran su rostro. La vio entonces: tenía los ojos enrojecidos por el

llanto y el rostro pálido como la muerte. Algo terrible debía de haberle sucedido.

Lo primero que cabía suponer era que acaso su matrimonio la afligía. Ahora bien, no era propio de ella mostrarlo sin reservas, y menos aún frente a su antiguo prometido.

¡Pero no, ahora se acordaba! Hacía un par de días le había llegado la noticia de que la doctora Romelius, la hermana de Charlotte, yacía gravemente enferma. Karl-Arthur creyó entender entonces lo ocurrido.

Ella se acercó a una silla y se sentó a la mesa del comedor, mientras rompía a hablar con tono que llamaba la atención por lo duro e inexpresivo, como quien se empeña en no quebrarse en llanto.

—El capitán Hammarberg ha estado aquí hace una hora —dijo—. Partió desde Karlstad esta mañana, un poco más tarde que tú, pero con dos caballos, y por eso ha llegado antes. Dice que se ha cruzado contigo en el camino.

Karl-Arthur apartó la silla de la mesa de un tirón. Un punzante dolor lo atravesó desde la coronilla hasta el pecho.

—Cuando pasó frente a la rectoría —continuó Charlotte, con el mismo tono monótono—, vio luz en la habitación del despacho y pensó que el rector no se había acostado aún. Bajó de su carruaje para deleitarle con el relato de cómo el pastor adjunto se había comportado esta mañana en Karlstad. Le gusta contar estas cosas.

De la cabeza del joven seguían partiendo puñaladas que le partían el alma; todo lo que había logrado recomponer y remendar durante la jornada se desmoronaba. Ahora había de escuchar cómo los demás juzgaban sus acciones.

—No habíamos cerrado las puertas delanteras —explicó Charlotte— porque esperábamos tu llegada, y así el capitán pudo entrar sin dificultad en el despacho. Pero mi tío ya se había acostado, así que no fue a él a quien encontró, sino a mí, que estaba allí escribiendo unas cartas. Ni se me habría ocurrido irme a dormir antes de saber cómo te había ido en Karlstad. Lo supe gracias al capitán Hammarberg. Creo que contármelo a mí le complació aún más que contárselo a mi tío.

—Y a la señora Charlotte —intervino Karl-Arthur— seguro que no le desagradó escucharlo.

La aludida hizo un ligero gesto de desdén. Aquella salida de tono de su antiguo prometido no requería respuesta: se trataba del típico recurso del que se echa mano cuando se está en apuros pero se quiere aparentar bravuconería. Continuó con su narración:

—El capitán Hammarberg no se quedó mucho; se fue tras informarnos de que le habías echado un rapapolvo a tu madre y de que ella en consecuencia había sufrido un derrame. También mencionó tu visita al alcalde. ¡Ay, Karl-Arthur, Karl-Arthur!

Al llegar a este punto, perdió la compostura. Se llevó el pañuelo a los ojos y rompió a sollozar.

Ocurre que a las personas no nos agrada que otros lloren por nosotros, al igual que no nos hace ninguna gracia saber que a alguien, hace un instante, le han referido un chisme sobre nuestras torpezas. Por ello, Karl-Arthur no pudo evitar comentar que Charlotte, ya casada con otro, no necesitaba preocuparse tanto por él ni por su familia.

Tampoco a esto se molestó en responder ella, encontrando natural que él recurriera a ese medio de defensa; no había

motivo de enojo. En cambio, combatía el llanto a fin de poder poner en palabras lo que siempre había querido decirle:

—Debes saber que todo esto es culpa mía. Fui yo quien persuadió a Thea... Todo tu viaje a Karlstad... Fui yo... Tú no querías, pero yo insistí... Y si tu madre muere, la culpa es mía y no tuya...

El desconsuelo y la culpa le impedían continuar.

—Debí ser paciente —añadió, cuando recobró un poco de dominio sobre sus emociones—. No debí enviarte tan pronto. Aún le guardabas rencor a tu madre. No la habías perdonado. Por eso ocurrió lo que ocurrió. Yo tenía que haber comprendido que no podía salir bien. Todo, todo, todo es culpa mía.

Se levantó y caminó un momento por el cuarto, mientras retorció el pañuelo entre las manos. Al cabo de un rato, se detuvo frente a él.

—Esto quería que supieras. Que todo es culpa mía.

Karl-Arthur extendió las manos, tomó una de las suyas y la estrechó sin soltarla.

—Charlotte —dijo con suavidad—, ¡cuántas conversaciones hemos tenido en esta habitación, junto a esta mesa! Aquí hemos discutido y reñido, pero también disfrutado de muchos momentos felices. Y ahora es la última vez.

Ella permanecía a su lado, sin alcanzar a comprender lo que ocurría. Él le acariciaba la mano y le hablaba con una dulzura que no había mostrado en años.

—Qué generosa has sido siempre conmigo, Charlotte. Siempre has querido ayudarme. No hay nadie tan generoso como tú.

Ella, muda de asombro, ni siquiera hallaba palabras para contradecirle.

—Y yo no he hecho más que rechazar la generosidad de Charlotte —prosiguió él—. No he querido comprender. Y, aun así, esta noche vienes y pretendes cargar con toda la culpa.

—Pero es que es culpa mía —insistió ella.

—No, Charlotte, no lo es. No digas nada más. Todo es producto de mi propia soberbia, de mi inflexibilidad. Tú solo querías lo mejor para mí.

Apoyó la cabeza sobre la mesa y estalló en llanto, sin soltar la mano de ella; Charlotte sintió cómo las lágrimas le resbalaban sobre la piel.

—Charlotte —murmuró—, me siento como un asesino. No hay esperanza para mí.

Con la mano libre, ella le acarició el cabello, sin decir palabra.

—Se me partió el corazón en Karlstad, Charlotte. Creo que estaba fuera de mí. Luego, durante el viaje de regreso, intenté apartar ese dolor, pero comprendo que es inútil. Debo cargar con ello.

—Karl-Arthur, ¿qué ocurrió? ¿Cómo fue? Yo solo sé lo que me ha contado el capitán Hammarberg.

Él, que nunca la había oído hablar con un tono tan dulce y maternal, no pudo resistirse y comenzó enseguida a darle su versión de los hechos. Creía expiar su falta al no encubrir nada, al no buscar disculpa alguna.

—Charlotte —concluyó—, ¿cómo pude estar tan ciego? ¿Qué fue lo que hizo que me perdiera?

Ella no respondió. Pero la ternura del corazón de la joven lo envolvía, suavizando el ardor de su herida. Ninguno de los dos reparó en lo extraño de aquella confidencia, más íntima que cualquiera de las que antes tuvieran.

Tampoco se movieron: él seguía sentado junto a la mesa y ella permanecía de pie, inclinada sobre él. Hablaron largo y tendido. Él le preguntó si creía que podría seguir siendo clérigo.

—No debes temer al capitán Hammarberg ni a sus chismorreos —contestó ella.

—No pienso en él, Charlotte, sino en cuán miserable y rechazado me siento. No puedes imaginártelo.

Ella no contestó.

—Ve mañana a hablar con el tío Forsius —sugirió—. Nadie es tan sabio y piadoso como él. Quizá te diga que ahora eres más apto para ser sacerdote que antes.

Ese consejo le otorgó paz. Todo lo que ella decía le sentaba bien; ante ella no sentía rebeldía ni desconfianza. Depositó un leve beso sobre su mano.

—Charlotte, no es que quiera hablar del pasado, pero debo decir que no me comprendo a mí mismo. ¿Por qué me he apartado de ti? No quiero buscar excusas, pero es como si algo me empujara a hacer lo que no quiero. ¿Por qué he arrojado a mi madre en los brazos de la muerte? ¿Por qué te he perdido, Charlotte?

Con una intensa emoción reflejada en su semblante, la joven se retiró al rincón más oscuro de la estancia. Aunque podría haberle explicado la causa, se abstuvo de hacerlo. Aquel era un instante sagrado; no debía aparecer nada que pudiera asemejarse a un rastro de venganza.

—Querido Karl-Arthur —dijo por fin—, dentro de unas semanas me marcharé. Schagerström y yo vamos a acompañar a mi hermana Marie-Louise a Italia, para que sane del pecho y no tenga que dejar a sus hijos huérfanos. Quizá por esa razón debía ocurrir todo esto.

Con estas palabras, volvió junto al hombre que tanto amaba y le acarició una vez más el cabello.

—La paciencia divina no se ha agotado —murmuró—. Sé que no lo ha hecho.